

COMMENTAIRE COMPOSÉ DE LITTÉRATURE ESPAGNOLE ET COURT THÈME

I : COMMENTAIRE

Comente en español el siguiente texto

A servir a un grande de esta corte vino de un lugar de Navarra un hidalgo, tan alto de pensamientos como humilde de bienes de Fortuna, pues no le concedió esta madrastra de los nacidos más riqueza que una pobre cama, en la cual se recogían a dormir y se sentaban a comer este mozo, a quien llamaremos don Marcos, y un padre viejo; y tanto, que sus años le servían de renta para sustentarse, pues con ellos enternecía los más empedernidos corazones. Era don Marcos cuando vino a este honroso entretenimiento de doce años, habiendo casi los mismos que perdió a su madre de un repentino dolor de costado, y mereció en casa de este príncipe la plaza de paje, y con ella los usados atributos: picardía, porquería, sarna y miseria. Y aunque don Marcos se graduó en todas, en esta última echó el resto, condenándose él mismo de su voluntad a la mayor laceria que pudo padecer un padre del yermo, gastando los dieciocho cuartos que le daban con tanta moderación que, si podía, aunque fuese a costa de su estómago y de la comida de sus compañeros, procuraba que no se disminuyesen, o, ya que algo gastase, no de suerte que se viese mucho su falta.

Era don Marcos de mediana estatura, y con la sutileza de la comida se vino a transformar de hombre en espárrago. Cuando sacaba de mal año su vientre era el día que le tocaba servir la mesa de su amo, porque quitaba de trabajo a los mozos de plata, llevándoles la que caía en sus manos más limpia que ellos la habían puesto en la mesa, proveyendo sus faldriqueras de todo aquello que sin peligro se podía guardar para otro día.

Con esta miseria pasó la niñez, acompañando a su dueño en muchas ocasiones dentro y fuera de España, donde tuvo principales cargos. Vino a merecer don Marcos pasar de paje a gentilhomme, haciendo en esto su amo con él lo que no hizo el cielo. Trocó, pues, los dieciocho cuartos por cinco reales y tantos maravedís, pero ni mudó de vida ni alargó la ración a su cuerpo; antes, como tenía más obligaciones iba dando más nudos a su bolsa. Jamás se encendió en su casa luz, y si alguna vez se hacía esta fiesta era el que le concedía su diligencia y el descuido del repostero algún cabo de vela, el cual iba gastando con tanta cordura que desde la calle se iba desnudando, y en llegando a casa dejaba caer los vestidos y al punto le daba la muerte. Cuando se levantaba por la mañana tomaba un jarro que tenía, sin asa, y se salía a la puerta de la calle esperando los aguadores, y al primero que vía le pedía remediase su necesidad, y esto le duraba dos o tres días, porque lo gastaba con mucha estrechez. Luego se llegaba donde jugaban los muchachos, y por un cuarto llevaba uno que le hacía la cama; y si tenía criado, se concertaba con él que no le había de dar ración más de dos cuartos y un pedazo de estera en que dormir. Y cuando estas cosas le faltaban, llevaba un pícaro de cocina que lo hacía todo, y le vertiese una extraordinaria vasija en que hacía las inexcusables necesidades; era del modo de un arcaduz de noria, porque había sido en un tiempo jarro de miel; que hasta en verter sus excrementos guardó la regla de la observancia. Su comida era un panecillo de un cuarto, media libra de vaca, un cuarto de zarandajas

- 35 y otro que daba al cocinero por que tuviese cuidado de guisarlo limpiamente, y esto no era cada día, sino sólo los feriados; que lo ordinario era un cuarto de pan y otro de queso.

María de Zayas, *El castigo de la miseria*, en *Novelas amorosas y ejemplares* [1635], edición de Julián Olivares, Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas, 2000 y 2019, pp. 253-255.

II : COURT THÈME

On n'y voyait plus ; le temps était froid, et un lourd brouillard, estompant la façade des maisons, puit dans l'air. Frédéric le humait avec délices ; car il sentait à travers la ouate du vêtement la forme de son bras ; et sa main, prise dans un gant chamois à deux boutons, sa petite main qu'il aurait voulu couvrir de baisers, s'appuyait sur sa manche. À cause du pavé glissant, ils oscillaient un peu ; il lui semblait qu'ils étaient tous les deux comme bercés par le vent, au milieu d'un nuage.

L'éclat des lumières, sur le boulevard, le remit dans la réalité. L'occasion était bonne, le temps pressait. Il se donna jusqu'à la rue de Richelieu pour déclarer son amour.

Gustave Flaubert, *L'Éducation sentimentale* (1891)